

Madre Gaia

“El hombre no posee el poder de crear vida. No posee tampoco, por consiguiente, el derecho a destruirla.” (Mahatma Gandhi).

En plena crisis económica, en la que muchas familias se debaten por llegar a fin de mes y sobrevivir a los vaivenes de la economía, estamos cada vez más ofuscados en darle la espalda a una realidad tan cercana como terrorífica: la destrucción de la propia especie humana.

Es erróneo afirmar que, si continuamos actuando como lo hemos hecho hasta ahora, acabaremos con nuestro entorno y nos encontraremos desamparados, sin un lugar aceptable donde vivir. El equívoco se encuentra en pensar que nuestras acciones destruirán el planeta Tierra, y no a nosotros mismos. El mundo, tal y como lo conocemos actualmente, no prevalecerá el tiempo suficiente como para que el ser humano se acostumbre a los cambios y, finalmente, éste acabará desapareciendo. Eduardo Galeano, periodista y escritor uruguayo, autor del ensayo “Úselo y Tírelo”, dice en su obra: *“El veinte por ciento de la humanidad comete el ochenta por ciento de las agresiones contra la naturaleza, y es la humanidad entera quien paga las consecuencias de la degradación de la tierra, la intoxicación del aire, el envenenamiento del agua, el enloquecimiento del clima y la dilapidación de los recursos no renovables.”*

Es más que evidente nuestro error, al igual que nuestra indiferencia hacia los problemas globales. Muestra de ello es la actitud de la población mundial con respecto a organizaciones ambientalistas, tales como Greenpeace, GAIA, Ecologistas en Acción... Nadie agacha la cabeza cuando se habla de calentamiento global, deforestación, vertidos petrolíferos o extinción de especies animales y vegetales. Incluso abusando del término “Desarrollo Sostenible”, podríamos añadir a la lista anterior conceptos como racismo, hambruna, epidemias, muerte... Todas estas palabras suenan huecas en nuestra cabeza y, tal vez, ahí radique el problema.

La Comisión Mundial sobre Ambiente y Desarrollo, en 1987, definió Desarrollo Sostenible como aquel que asegura las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para enfrentarse a sus propias necesidades. ¿Es correcta esta afirmación? ¿Estamos haciendo un uso adecuado de nuestros recursos? ¿Qué consecuencias tendrán, en un futuro, nuestras acciones? A lo largo de los años se ha intentado buscar una respuesta pero, ¿cómo erradicar un mal que el ser humano se empeña en expandir?

Son numerosos los políticos que han incorporado el concepto de “Desarrollo Sostenible” en sus discursos, así como científicos que intentan, a diario, concienciar a una población egoísta y desinteresada. Los argumentos utilizados tanto por unos como por otros, no son más que ideas plagadas de tecnicismos y cifras que, a más de uno, le provocarían un insoportable dolor de cabeza. Este es uno de los motivos por los cuales el mensaje que se intenta transmitir, ni llega a la opinión pública, ni causa un efecto productivo en la población.

Los distintos movimientos religiosos apoyan, decididamente, una creciente sensibilización de la población acerca de la gravedad del asunto. En este sentido, cabría destacar la religión cristiana. Muestras de la concienciación católica las encontramos en los discursos papales, como el que realizó el Papa Juan Pablo II en la Jornada Mundial de la Paz de 1999: *“El peligro de daños graves a la tierra y al mar, al clima, a la flora y a la fauna, exige un cambio profundo en el estilo de vida típico de la moderna sociedad de consumo, particularmente en los países más ricos. (...) El presente y el futuro del*

mundo dependen de la salvaguardia de la creación, porque hay una constante interacción entre la persona humana y la naturaleza”.

Son muchos los que relacionan el medio ambiente y la lucha por su conservación con las llamadas cosmovisiones. Así, se ponen de acuerdo la ética y la religión para admitir que podemos encontrar referencias de esta lucha en documentos tan arcaicos como el Antiguo Testamento. En él se refleja el dominio de la naturaleza sobre el ser humano. Desde el inicio, ésta sometió al hombre: una simple y efímera manzana fue la perdición de Adán y Eva. Otro ejemplo de su superioridad lo encontramos en la leyenda del arca de Noé, ya que habría sido la naturaleza la que castigó a los hombres por su desobediencia, mostrándose en forma de aguas torrenciales y devastadoras. En el Génesis 1.28 encontramos la clave de este abuso por parte de la especie humana sobre la naturaleza y el mundo. *“Procread y multiplicaos, y henchid la tierra, sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra”.* El hombre halló este extracto como un permiso divino para proceder sobre el mundo sin medir las consecuencias.

Muchos siglos más tarde, y tras numerosos análisis, se descubrió el origen del error de esta sentencia: su traducción procedente del arameo no era la correcta. Expertos dieron por válida la versión del texto en la que se representa al hombre como jardinero del mundo, cuyo deber es cuidarlo y mantenerlo. Con este símil, la religión cristiana ha intentado acceder a la conciencia del ser humano, a la cual ni la política, ni la ciencia han podido llegar. Con el intercambio de ideas, los diferentes credos pretenden recrear una unificación paralela entre el ser humano y el medio ambiente. Es necesario sensibilizar a la población de las consecuencias de cada uno de los actos que realizamos diariamente. Hechos tan frecuentes como tirar la colilla de un cigarro al suelo, pueden provocar un alto nivel de contaminación ya que ésta tarda, aproximadamente, ochenta años en desintegrarse por completo; pero, lamentablemente, al parecer, esta información carece de interés para el ciudadano medio.

Otras religiones también han dejado su huella en la lucha por un medio ambiente sano. Entre ellas destacan: el judaísmo, el Islam, las religiones orientales y las distintas creencias indígenas.

Según el rabino Samson Raphael Hirsch, *“La naturaleza no es la intermediaria entre Dios y vosotros; sois vosotros los intermediarios entre la naturaleza y Dios.”* Por este motivo, al igual que los cristianos, los judíos entienden la naturaleza como un bien entregado por Dios, el cual debemos preservar.

Mientras que el judaísmo mantiene la idea del hombre como jardinero, el Islam pone un énfasis especial en el “tawhid”, unión de naturaleza, revelación y hombre; si éste se separa de una, se separa de la otra, estando ambas interrelacionadas. El Islam nos ofrece una visión basada en una cultura en la que, aquellos bienes necesarios para la conservación de la vida no pueden ser explotados. Esta visión, procedente del Corán, se opone en su totalidad al materialismo que domina nuestra sociedad. *“El mundo existe para servir a las personas, puesto que el hombre es la más honorable de todas las criaturas. En la vida hay ciclos. De la semilla viene el árbol, del árbol viene el fruto que comemos y restituimos como humanos. Todo está destinado a servir al hombre. Si las personas desaparecen de este ciclo, la propia naturaleza se acabará”*, dice el maestro Abdülhamit Çakmut.

La religión hindú muestra el medio ambiente como un conjunto de factores, no sólo como el mundo natural exterior, sino como la suma de hombre, sociedad y naturaleza. En este sentido, la preocupación del gobierno indio por intentar ganar posiciones en la carrera tecnológica de occidente ha provocado una pérdida de los valores hindúes tradicionales, tales como el bienestar de la familia, la comunidad y el

templo como riqueza personal. *“La naturaleza es sagrada, toda la vida es sagrada, toda la tierra es sagrada. La tierra es nuestra madre, y ella, la tierra, es la morada de la divinidad.”* (Upanishad Isa, visión de Dios)

Al otro extremo del mundo, el jefe de la tribu de los Suquamish, el Jefe Seattle, en su mensaje de 1955 al Presidente de los Estados Unidos de América, dijo: *“Lo que le acaece a la Tierra, les acaece también a los hijos de la Tierra. Cuando los hombres escupen a la Tierra, se están escupiendo a sí mismos. Pues nosotros sabemos que la Tierra no pertenece a los hombres, sino que el hombre pertenece a la Tierra. Eso lo sabemos muy bien, todo está unido entre sí, como la sangre que une a una misma familia.”* Gracias a este mensaje, descubrimos la importancia de un medio sano y fuerte, en el que sea posible habitar de forma segura; por ello, debemos cuidar la Tierra tal y como cuidaríamos a un miembro de nuestra familia.

Algunos, más imaginativos y perspicaces, imaginan la unión hombre-naturaleza como dos hermanos siameses que comparten algún órgano vital. A nadie se le ocurriría darle alguna sustancia perjudicial a cualquiera de los dos hermanos, ya que, no sólo afectaría a uno, sino a ambos. De la misma manera se puede reflejar el daño que le causamos a la naturaleza. Cualquier daño al medio ambiente nos repercute en nuestro nivel de vida.

Esta idea se fundamenta en la denominada Hipótesis de Gaia que toma su nombre de la diosa griega de la tierra. Dicha teoría, formulada por James Lovelock, se basa en que es la vida la que fomenta y mantiene unas condiciones que no sólo le afectan a ella misma, sino también a su entorno. De esta manera, tanto la Tierra como la capa inferior de la atmósfera se comportan como un solo elemento, condicionado por la actividad humana. Ésta afecta en aspectos tales como la temperatura, la composición química o la salinidad de los océanos. Lovelock plantea la misma cuestión en numerosas ocasiones: ¿Seremos capaces de cuidar y mantener el mundo con el mismo interés con el que cuidamos nuestro cuerpo para vivir una vida más prolongada? Como respuesta a esta pregunta, el mismo autor insiste en que, en caso de que la situación no mejore, debemos guardar los conocimientos humanos más esenciales en un lugar seguro que no necesite un consumo excesivo de energía, como, por ejemplo, los Polos.

Inevitablemente, nuestra cultura nos empuja a caer en el egoísmo. La mentalidad humana resulta más simple y sencilla de lo que los grandes pensadores llegaron, algún día, a creer. El medio ambiente y, sobre todo, los conflictos que el hombre le causa, al parecer, carecen de importancia en la vida cotidiana del ciudadano medio. Esta realidad está presente en cada metro cuadrado de cada pequeña, mediana o gran ciudad; los vehículos, los edificios, los productos que utilizamos diariamente e, incluso, nosotros mismos, somos contaminación, procedemos de ella y nos dirigimos a ella. Estamos convencidos de que el mundo seguirá igual y, si no fuera así, egoístamente pensamos que no estaremos aquí para verlo. Inconscientemente, el futuro del mundo y, por consiguiente, el de la vida humana, nos importa en relación al tiempo que vayamos a estar recorriendo las mismas calles, escuchando los mismos sonidos y utilizando los mismos cacharros inservibles que provocan el quebrantamiento del mundo y de una sociedad que creíamos avanzada.

Filósofos como Platón o Aristóteles, describieron la naturaleza como la esencia y totalidad de las cosas. Teniendo en cuenta esta afirmación, ¿qué queda una vez que hemos acabado con todo rastro de naturaleza? La respuesta es sencilla, y a la vez, terrorífica. Siendo la naturaleza causa y efecto de todo elemento, si eliminamos la naturaleza, no quedará más que vacío, una nada absoluta que imperará donde, antaño, reinaron la sabiduría y el conocimiento. Desde el punto de vista filosófico, acabar con la naturaleza y, tras ella, con el mundo, sería terminar con todo resquicio de vida, sabiduría

y conocimiento, así como con la posibilidad de alcanzar el bien supremo: la felicidad. De la misma forma, un mundo sin naturaleza no sería mundo e, inevitablemente, sucumbiríamos a la maldad más absoluta.

La única opción posible para salvar al ser humano de su propia autodestrucción, sería desarrollar un amor tan profundo por nuestra Tierra que nos impidiera seguir destruyendo milímetro a milímetro cada pieza de este puzzle colosal, formado, no sólo por aquella esfera que conforma el planeta Tierra sino por todo lo que contiene, incluyendo aquello que los seres humanos más apreciamos: nosotros mismos.